

LOS LIBROS

ENSAYOS

L'ESPRIT DE L'AMÉRIQUE ESPAGNOLE, por *Francisco Contreras*.

Don Francisco Contreras, poeta, novelista y crítico literario, permanece en Europa hace muchos años. Su firma se ve, de cuando en cuando, en la sección *Revue de la quinzaine* del *Mercure de France*, donde mantiene el apartado de *Letras hispano-americanas*. Pues bien, pocos meses a la fecha el señor Contreras ha cumplido veinte años al frente de tan útil sección. Para celebrar este aniversario ha escrito un interesante artículo que, traducido al castellano, dió a conocer la prensa santiaguina. También obedece, sin duda, a esa conmemoración el libro cuyo título hemos transcrito (1).

L'Esprit de l'Amérique Espagnole es un volumen de doscientas cincuenta páginas, redactado, según declaración del propio autor, «sobre la base de las crónicas del *Mercure de France*». El procedimiento seguido por el autor es el de retratos individuales de los más destacados escritores americanos de los últimos años,

(1) Edición de *La Nouvelle Revue Critique*, Paris 1931.

comenzando por Rubén Darío y terminando por algunos escritores contemporáneos, de treinta años, o poco más, de edad. Si atendemos a la división geográfica, este libro no ofrece ninguna figura literaria de los siguientes países: Colombia, Paraguay y Ecuador, y del continente centroamericano, con la excepción de Nicaragua (representada, naturalmente, por Rubén Darío). La cuota correspondiente a cada uno de los restantes países americanos es, como se comprenderá, muy disparaja. Así vemos igualados con cinco escritores cada uno a Uruguay, Chile y México; mientras la Argentina aparece representada con nueve escritores.

El libro se inicia con una introducción que informa sobre las líneas generales de la historia literaria americana antes del movimiento modernista. Conviene reparar aquí algunos leves deslices de pluma que disfrazan la verdad, tal vez involuntariamente. En la página 15 el autor escribe:

...et, s'assimilant quelques procédés des romantiques et des parnasiens, ils (los escritores modernistas) réussirent jusqu'à un certain point à renouveler, à moderniser

l'élocution caduque et vainement pompeuse régnant encore.

Si esto se ha dicho, como seguramente ha sido la intención del señor Contreras, respecto del estado de la literatura hacia 1888 (año de iniciación del modernismo), es falso. La literatura de ese tiempo, a influjos de lo que ocurría en España, no era pomposa sino doméstica, vulgar. Campoamor, que influyó más poderosamente que Núñez de Arce desde luego, puso de moda una serie de formas métricas rastreras; en materia de estilo, abandonó toda pompa y desnudó la frase de adornos. ¿Y qué decir en lo que se refiere a las ideas? Sus *Humoradas*, sus *Pequeños poemas*, sus *Doloras*, son la apoteosis de la vulgaridad. Por algún tiempo este poeta pasó por poeta filosófico. ¡Triste es el estado de una literatura en que tales escritos pueden pasar por filosofía! Su prole espiritual fué bien abundante, y en España lo mismo que en América muchos poetas pagaron tributo a su ejemplo. Los nombres de Bartrina y de Rubén Darío no nos dejarán mentir. Porque el lector no debe olvidar que antes de escribir Darío su *Azul* había publicado, también en Chile, *Abrojos*, en que la influencia de Campoamor es tiránica y superior por cierto a la de otros poetas que también allí se refleja.

En la página 17 tropezamos con otro error:

... Rubén Darío, qui vint à Madrid en 1889, fut reçu par la nouvelle génération espagnole comme un initiateur et un maître.

El viaje de Rubén Darío a Espa-

ña no se efectuó en el año que indica el señor Contreras sino en 1892, como el propio poeta recuerda en su *Autobiografía*. Por lo demás, en esa ocasión Darío llevó la representación de Nicaragua ante las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América, que se efectuaron en 1892 y no en 1889, como se comprenderá (1).

Que Darío fuese «recibido por la nueva generación española como un iniciador y un maestro» es un poquito aventurado. En ese tiempo Darío se relacionó en Madrid con escritores de más años que él como Valera, que había aplaudido su *Azul*, Menéndez y Pelayo, Ortega y Munilla, Campoamor, la Condesa de Pardo Bazán, etc. Esa generación no recibió influencia alguna del modernismo, ni podía recibirla porque no estaba en edad para ello. La generación modernista, propiamente tal, de España, es la encabezada por Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez, Ramón del Valle Inclán, Antonio Machado, Enrique Díez Canedo, etc. Y bien: la mayoría de los nombrados no había iniciado su vida literaria en 1892. Sobre ellos comenzó a influir poderosamente Rubén Darío más tarde, cuando desde Buenos Aires y París lanzaba sus libros fundamentales: *Prosas profanas*, *Cantos de vida y esperanza*, etc.

A continuación de este trabajo siguen en el libro del señor Contreras las figuras en que a su juicio se condensa el movimiento literario con-

(1) El mismo señor Contreras se contradice en la pág. 26 donde, al tratar de Rubén Darío, da la fecha exacta del viaje a Madrid: 1892.

temporáneo de América. De los escritores tratados, la mayoría vive actualmente; han muerto Rubén Darío, José Enrique Rodó, M. Magallanes Moure, Federico Gana y Ricardo Güiraldes.

Ahora bien, ¿por qué hay algunos destacados escritores americanos, bastante representativos del movimiento literario de nuestros días, que no aparecen en este libro? Desde luego cualquiera echa de menos allí a José Carlos Mariátegui, original polemista peruano y crítico de ideas; a Gabriela Mistral, cuya exclusión es todavía más difícil de justificar si se tiene presente que en cambio ocupan páginas de este libro otros escritores de muchísima menor importancia como Núñez y Domínguez, Alberto Hidalgo, P. L. Ipuche, Luisa Luisi, etc. (1); a Rufino Blanco Fombona, uno de los escritores más curiosos de América; a Enrique José Varona, maestro de la juventud cubana; a Alberto Zum Felde, espléndido crítico literario uruguayo; a Arturo Capdevila, polifacético autor argentino; a José Eustasio Rivera, el malogrado autor de *La vorágine*; a Carlos Reyles, a quien apenas se menciona en unas diez líneas, en la página 231, al hablar de otro escritor; a Francisco García Calderón, denso escritor de ideas, ya que no a su hermano Ventura, cronista frívolo, pero también espléndido cuentista, a Ricardo Rojas, autor de una copiosa *Historia de la Literatura Argentina* y de muchos libros literarios en prosa y verso; a

Genaro Estrada, buen poeta mexicano; a Horacio Quiroga, novelista y cuentista platense de gran fuerza, etc., etc.

Por lo demás, refiriéndonos ya estrictamente a algunos de los autores tratados por el señor Contreras, parece seguro que Manuel Ugarte, que aparece, no es más representativo de la literatura argentina que Ricardo Rojas y Capdevila, que no aparecen. Federico Gana, por su parte, tampoco es más representativo del espíritu chileno que otros novelistas y cuentistas como Baldomero Lillo, Luis Orrego Luco o Rafael Maluenda, que no aparecen. ¿Y es acaso escritor más interesante Edmundo Montagne que sus colegas y hasta cierto punto compatriotas Horacio Quiroga y Benito Lynch, que no se mencionan en estas páginas? Otro tanto cabe decir de Vicente Salaverry, que aparece, y de Carlos Reyles, a quien, como he dicho más arriba, se cita de paso.

Ahora un reparo de carácter diplomático—si se me permite la expresión—: la representación de la literatura peruana es particularmente pobre en este libro. Fuera de Alberto Hidalgo no se da cuenta de ningún otro escritor de esa nacionalidad. Sin embargo, José Santos Chocano ha ocupado tradicionalmente un puesto al lado de Rubén Darío, de quien es estrictamente contemporáneo. Durante mucho tiempo, además, se le llamó «poeta de América.» título tan vano como ambicionado, que muchos críticos, amparándose en Rodó, negaron a Darío. Hemos mencionado, además, a los hermanos García Calderón, y

(1) La única mención de Gabriela Mistral que se hace en este libro corre en la pág. 233, a propósito de Suárez Calimano, y se reduce a cuatro líneas de texto. ¡Es poco!

podríamos agregar a José Carlos Mariátegui, César Falcón, A. Valdelomar, Alberto Guillén, Luis Alberto Sánchez, Angélica Palma, Jorge Basadre, López Albújar, etc., etc. Todos escritores peruanos distinguidos, cuyo nombre en la mayoría de los casos ha sobrepasado las fronteras y cuya obra revela una creciente originalidad. Es particularmente grave que estas omisiones se hayan producido en una obra escrita por un chileno. Durante muchos años han vivido los dos países separados por hondo antagonismo, y aun cuando en la exclusión de los escritores peruanos hayan figurado sólo móviles literarios, el hecho puede ofrecer interpretaciones de otro género.

Los capítulos que forman este libro son revelaciones de una manera crítica que es fructuosa y que particularmente lo ha sido en manos del señor Contreras. El autor narra con sencillez, en un francés violentamente construido como el español, los hechos literarios culminantes en la carrera de cada autor estudiado. Sabe extraer de cada obra su filosofía; representa con agudeza los caracteres del estilo de cada escritor; está informado sobre muchas particularidades. De allí que cada una de sus figuras sea una especie de retrato literario breve, pero compendioso, de algunos de los principales escritores americanos de hoy. Se nota a veces que estos capítulos han nacido de la superposición de crónicas sucesivas, y hay también repeticiones innecesarias que no desaparecieron en la versión destinada al libro: defectos inherentes a ese tipo de libros hechos con artículos

periodísticos, pero defectos insuficientes para producir mala impresión en el lector.

Se ha dicho que este libro viene, en cierto modo y medida, a sustituir la impresión de descompaginación, de desorganización que ha dejado el *Panorama* de Max Daireaux. Yo no sé si esa haya sido la intención de su autor, pero sea o no verdad la imputación que recojo, es notorio que el libro del señor Contreras ni tiene tono polémico alguno ni basta para deshacer las mil confusiones dejadas por el de Daireaux. Con lo primero se prueba que posiblemente el señor Contreras no haya querido dar a su trabajo el carácter indicado. Con lo segundo se toca la más dolorosa limitación de este trabajo. Porque lo más grave de todo es que después de haberse publicado el libro que comentamos los amigos de la verdad seguiremos esperando que alguien escriba el *anti-Panorama* que aviente la estúpida garrulería de Daireaux, que tanta sombra ha echado sobre la vida literaria de América.—Raúl Silva Castro.

LA MENDICIDAD EN MÉXICO, editado por la Beneficencia Pública del Distrito Federal (México).

La mendicidad, fenómeno económico y psicológico, es ya un viejo tema humano. Hay partidarios y enemigos de ella. Quién está en la razón, nadie lo sabe. . . Pero, aparte de las razones sentimentales con que se defiende o se ataca el hecho de la mendicidad, hay otras, menos subjetivas, pero indudablemente más útiles, que encaran el problema des-